

tes que tuviese pleno consentimiento de ello; sólo podría ser pecado venial. Por lo cual conviene que ande cada uno advertido, y con gran diligencia deseche al momento cualquier mal pensamiento ó deseo que en sí advirtiere, ántes que la voluntad consienta en él.

QUÉ PECADOS CLAMAN AL CIELO Y SON  
CONTRA EL ESPÍRITU SANTO, Y CÓMO SE  
PARTICIPAN LOS PECADOS AJENOS.

Porque importará mucho saber qué pecados sean más principales y dañosos, para guardarnos de ellos, los declararemos ahora. Algunos pecados son más principales, porque son como fuentes y raíces de otros muchos, y se llaman capitales, y éstos son siete; de los cuales se tratará otra vez. Otros son más principales, porque son muy difíciles de perdonarse, y se llaman pecados contra el Espíritu Santo, y son seis. Otros, finalmente, son más principales, porque son más claramente enormes, y contra toda razon, y por eso se dice que claman por venganza al cielo, y son cuatro, los cuales son: Homicidio voluntario, pecado carnal contra naturaleza, opresion de pobres, especialmente de huér-

fanos y viudas, y defraudar su jornal al jornalero. Dícese que claman al cielo, porque es tan manifiesta la injusticia de estos pecados, que no se puede esconder ni encubrir de modo alguno.

Los pecados contra el Espíritu Santo son: La desesperacion de la salud del alma, presuncion de salvarse sin merecimientos, impugnar la verdad conocida, envidia de la gracia de otro, obstinacion en los pecados, é impenitencia final. Llámense pecados contra el Espíritu Santo, porque se hacen por pura malicia, especialmente el tercero, que más propiamente que los otros es pecado contra el Espíritu Santo, esto es, cuando la persona conoce la verdad, y con todo eso obstinadamente quiere entender y probar que no es verdad. El pecar por malicia se dice contra el Espíritu Santo, porque se atribuye al Espíritu Santo la bondad, que es contraria á la malicia.

Tienen de suyo estos pecados, que no se perdonan en este mundo, ni tampoco en el otro, como nos amonesta el Señor en el Evangelio. Lo cual se ha de entender así, que son difíciles de perdonarse; porque es cosa muy rara y difícil que los que caen en estos pecados vengan á verdadera penitencia. Como cuando decimos



que una enfermedad es incurable, no queremos decir que no se pueda curar, sino que raras veces se cura, y que de ordinario no hay remedio para ella.

Aquí se debe advertir que hay otra manera de pecados, que son dificultosos de perdonar, porque no se conocen, y así no hace el pecador penitencia de ellos, y son los pecados ajenos y participados. Por lo cual será necesario declarar cómo los pecados ajenos se hacen propios, conviene á saber, cómo la culpa que otro comete por su persona se puede atribuir á nosotros, por mandarla, consentirla ó aconsejarla, ó por otros modos semejantes; de los cuales pecados se puede entender aquello que el Apóstol dice: No comuniquéis, ni os hagais participantes de los pecados ajenos. Y en otro lugar, escribiendo á los de Efeso, dice: No querais comunicar en las obras infructuosas de las tinieblas, ántes reprehendedlas.

Esta comunicacion puede acontecer de nueve maneras, y son: Por consejo, mandamiento, consentimiento, provocacion, lisonja, silencio, disimulacion, participacion en el deleite ó delito y defension del pecado. Es pues la primera manera de participar en la culpa ajena cuando aconsejamos el mal que se hace, como

hizo Caifás cuando aconsejó á los judíos que matasen á Cristo.

La segunda manera es, cuando mandamos hacer algun daño á nuestro prójimo, y de esta manera pecó David cuando por sus cartas mandó matar al inocente Urías.

La tercera manera es, cuando consentimos en el mal que á otros hacen, y nuestro consentimiento es ayuda para que el mal se venga á poner en ejecucion; de la manera que pecó San Pablo en la muerte de San Esteban: porque como dice el mismo Apóstol, mercedores son de muerte, no solamente los que hacen mal, sino tambien los que en él consienten, como la madre que consiente que su hija sea mala.

La cuarta manera es, cuando incitamos á uno á ira ó blasfemia, ó deseos de venganza ó á cosas semejantes, diciendo ó haciendo cosas que le provoquen á esto, como lo hacia la mujer del pacientísimo Job cuando le decia que blasfemase de Dios y muriese.

La quinta manera es, cuando de tal manera lisonjeamos á otro, que le hacemos cometer algun pecado, incitándole á mal ó confirmándole en él, contra el cual pecado dice Dios por Ezequiel: ¡Ay de



aquellos que hacen almohadillas poniéndolas debajo de los codos y traveseros para reclinar la cabeza, engañando con esto á las almas!

La sexta manera de pecado ajeno es, cuando dejamos de avisar ó de enseñar ó de reprender y amonestar al prójimo que está á nuestro cargo, dejando de decirle aquello en que le podíamos aprovechar. A los que esto hacen llama Dios en la Escritura perros mudos que no saben ladrar. Y al Profeta Ezequiel avisa Dios por estas palabras: Si diciendo yo al malo, muerte morirás, tú no se lo dijeres porque se aparte de su mal camino y viva, él morirá en su mal, mas á ti pediré cuenta de su sangre.

La séptima manera es, disimulando con la culpa, dejando de castigar ó enmendar lo que estábamos obligados á remediar por razon de nuestro oficio. De esta manera pecan los jueces y corregidores, cuando disimulan los males de la república, no usando del cuchillo que Dios les dió para castigo de los malos. De esta manera tambien pecan los padres y las madres, los señores y los maestros, cuando con demasiado regalo de los que están á su cargo disimulan sus vicios y pecados; como hizo el sacerdote Heli, disimu-

lando y haciendo poco caso de las culpas de sus hijos. Tambien pecan los que dejan la correccion fraterna, no avisando á sus hermanos cuando la caridad les obliga.

La octava manera es, participando; como si, juntándose uno con los ladrones y salteadores, mete la mano con ellos en sus maleficios, y alcanza alguna parte de sus ganancias y robos. Esto es lo que reprendia Dios por el Profeta, diciendo: Corrias con los ladrones, tenias comunicacion y parte con los adúlteros. Y en otro lugar dice el mismo Dios por Isaías: Tus príncipes son infieles y compañeros de ladrones, todos ellos se huelgan con cohechos y se mueven por intereses.

La nona manera de pecado ajeno es, cuando defraudamos ó recibimos ó encubrimos ó damos favor á los malhechores para que hagan mal; como son los que reciben ladrones ó herejes ú otros semejantes pecadores, defendiéndolos y amparándolos en sus pecados. Estas son las maneras en que un hombre puede pecar sin ser ejecutor del pecado, sino solo por haber sido su atizador ó despertador; y basta esto para que sea tenido por cómplice y compañero del culpado y para que se le atribuya la misma culpa.

Débese aquí notar, que cuando el pe-



cado en que de esta manera consentimos, es en perjuicio de parte, así como el principal agresor está obligado á restituir el daño que se hiciere, así tambien lo están todos los que le dieron favor ó ayuda, y todos cuantos metieron la mano en la masa. De manera, que no solamente el que hurtó está obligado á restituir el hurto, sino tambien el que lo mandó ó aconsejó ó acompañó, ó si le dió favor y ayuda para hacerlo; por lo cual deben los hombres mirar con cuidado los pareceres y consejos que dan, y las cosas que favorecen, porque no caiga sobre ellos la culpa ajena, y siendo el provecho del otro, venga á ser solo suyo el daño.

DE LA DILIGENCIA CON QUE SE HA DE SERVIR Á DIOS PARA NO CAER EN PECADO.

Remediaríanse mucho los pecados mortales si fuésemos diligentes en el servicio divino, y buenos obreros de nuestra salvacion. Esta diligencia nos encargó el Salvador del mundo, en la parábola que nos propone del padre de familias que buscaba trabajadores de su viña, concertando con ellos la paga que les había de dar, y reprendiendo á los ociosos, dando

él tan notable ejemplo de diligencia; que se dice que madrugó muy de mañana á buscar quién trabajase; y no contentándose con aquella diligencia, la repitió muchas veces al dia, saliendo á lo mismo á la hora de tercia y de sexta y de nona y cerca de anochecer.

Este, pues, sea el primer motivo para ser muy diligentes en nuestro bien, pues vemos tan diligente á Dios de que le procuremos. Pues ¿qué si consideramos la diligencia y trabajos con que obró Cristo nuestra salud eterna, desde el dia en que comenzó el negocio de nuestra Redencion hasta el fin de su vida, pasando las noches sin sueño, orando al Padre, discurrendo de una region á otra, predicando á los hombres y enseñando siempre en el Templo y fuera de él; y finalmente, llevando el tiempo de su Pasion sobre sus sacratísimos hombros aquel pesado madero de la Cruz? Pues si el Señor por tu salud tanto trabajó, ¿cuánto debes trabajar por la tuya propia? Por quitarte tus pecados padeció aquel Cordero de Dios grandes trabajos, ¿y tú no quieres sufrir los pequeños? Acuérdate de lo que dice un Profeta: Maldito sea el hombre que hace las obras de Dios negligentemente.

Considera que ninguna criatura está



ociosa: porque los Angeles del cielo sin cesar alaban á Dios diciendo: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos. El sol, y la luna y las estrellas cada dia dan una vuelta al mundo; las yerbas y los árboles siempre crecen hasta su conveniente estatura; las hormigas juntan granos en el verano con que se mantienen en el invierno; las abejas haciendo su miel, con gran diligencia matan los zánganos negligentes y perezosos. ¿Pues cómo no tienes vergüenza, siendo hombre capaz de razon, de vivir con pereza, aborreciéndola todas las criaturas irracionales con sólo el instinto de la naturaleza? Y si los negociadores de este mundo padecen tantos trabajos por las riquezas inciertas y perecederas, y que despues de ganadas con muchos peligros se han de guardar con otros tantos, ¿qué conviene que hagas tú, que eres negociador del cielo, por adquirir los tesoros eternos y que sin fin duran?

Así como las riquezas de esta vida se adquieren con diligencia y no perdiendo alguna ganancia por pequeña que sea, así tambien se han de adquirir las riquezas espirituales, con suma diligencia y vigilancia, y no menospreciando cualquiera obra buena por pequeña que sea; porque

si las desprecias, poco á poco perderás tu caudal, y por el contrario, si con diligencia procuras todo género de obras buenas, juntarás pronto grandes tesoros; y si no quieres obrar bien teniendo fuerzas para ello, por ventura no las tendrás cuando quisieres hacerlas, pasándose las más veces la ocasion del bien obrar muy de corrida: por eso se ha de tomar cuando ocurriere.

El tiempo de la vida es breve y lleno de mil estorbos; cuando tuvieres oportunidad de hacer bien, no tengas pereza; porque vendrá la noche en la cual no podrás obrar. Considera el premio que Dios ha prometido á los que le sirvieren, porque no son condignos todos los trabajos de esta vida en comparacion de la grandeza de gloria que nos aguarda: y si un jornalero está trabajando todo el dia por muy pocos reales que espera para alivio de esta vida temporal, ¿por qué para merecer la vida eterna no estaremos con cuidado y diligencia siquiera media hora en que se oye Misa ó se reza el Rosario?

Fuera de esto tus gravísimos pecados piden gravísima penitencia y gran fervor para satisfacer por ellos. Tres veces negó San Pedro, y todos los dias de su vida lo lloró aunque ya se lo habian perdonado.



La Magdalena hasta que espiró lloró los pecados que habia cometido, aunque tambien le eran perdonados. Muchos otros Santos acabaron la penitencia con la vida. Muchos tenian más leves pecados que los tuyos. Pues quien cada día peca acrecentando pecados á pecados, ¿cómo tiene por grave el trabajo necesario para deshacerlos? Grande satisfaccion se requiere por aquellos pecados á que con tanta razon se debe fuego eterno.

Por eso en el tiempo de la gracia y de la misericordia, que es el de esta vida presente, trabaja por hacer frutos dignos de penitencia, redimiendo con trabajos corporales los eternos; que dado que las obras que hacemos son pequeñas, todavía son de alto merecimiento, pues en el trabajo son temporales y en el premio eternas; breves en el espacio de la carrera, y perpétuas en la corona. No consintamos que este tiempo de gracia y de merecer se nos pase sin alguna obra meritoria; como hacia un siervo de Dios, que todas las veces que oía el reloj decia: Oh Señor Dios, ya es pasada otra hora de las que teneis contadas de mi vida, y de que os tengo de dar cuenta. Ningun momento de vida nos da Dios de que no hayamos de dar razon en el día del Juicio.

Considera que el amor de Dios nunca está ocioso, ántes obra grandes cosas si está en el alma, y dejando de obrar, deja de ser amor; por donde dice San Jerónimo: A los que aman ningun trabajo les es duro: á los que desean ninguna cosa les es dificultosa. Amemos á Cristo deseando sus abrazos, y hallaremos ser todo fácil lo que nos parece muy difícil, que si padecemos tribulaciones, por muchas nos conviene entrar en el Reino de Dios; porque no será coronado sino el que varonilmente pelear. Y si te pareciere que tienes bastantes merecimientos adquiridos en el tiempo pasado, y aflojas poco á poco el rigor que ántes tenías; acuérdate de lo que está escrito: No se salvará el que bien comenzare, sino el que en el bien perseverare hasta el fin; porque sin perseverancia, ni tiene el trabajo premio, ni el que corre alcanza la palma, ni el que sirve la gracia de su Señor; ni la pena ni tormento, por grande que sea, alcanza corona. Por esto dijo Cristo á su Padre: Padre, ya acabé la obra que me mandaste: y así no concedió á los judíos lo que le pedian, que descendiese de la cruz, donde obraba nuestra salvacion, por no dejar imperfecta la obra de nuestra Redencion.

Por esto si queremos seguir á nuestra



cabeza, trabajemos hasta la muerte, y con grande diligencia, en nuestra salvacion; y pues el premio del Señor dura para siempre, no cesemos de hacer penitencia; no cesemos de llevar nuestra cruz, siguiendo á Cristo, perseverando como El perseveró, y confiando que El perfeccionará la buena obra que en nosotros comenzó; y que quien nos dió la primera voluntad, nos dará tambien el cumplimiento de la virtud. De otra manera, ¿qué provecho será haber navegado muy largo y con próspero viaje, si á la postre nos perdemos en el puerto?

No te ha de espantar la dificultad de los trabajos y batallas; porque Dios, que te amonesta que pelees, te ayudará para que venzas. El mira tus combates, y te socorre cuando desfalleces, y te corona cuando vences; y si te cansa el trabajo que padece en pelear y adquirir las virtudes, este es buen remedio. No compares el trabajo de la virtud con el deleite del pecado; mas compara las tristezas que ahora sientes en la virtud, con las tristezas que tendrás despues del pecado; y el placer que puedes tener en la hora de la culpa, con la alegría que tendrás despues en la gloria; y el reposo de la buena conciencia, que se sigue despues de la victoria, con el re-

mordimiento de la conciencia despues de haber pecado; y luégo verás cuán mal juzgan, y cuánto se engañan los que comparan la amargura de la virtud con el deleite del pecado, no considerando lo que despues se sigue de lo uno y de lo otro.

#### DE LOS SIETE PECADOS MORTALES.

Para obrar bien, y evitar pecados, importa mucho arrancar del alma las malas inclinaciones y afectos viciosos, que son los que pierden en nosotros la semilla del cielo, como nos avisó el Señor en el Evangelio; por lo cual trataremos aquí de los siete vicios capitales, que se llaman así, por ser las cabezas y semilla de donde nacen todos los pecados, y hacen gran estrago en las virtudes, estorbando el fruto de la Doctrina divina.

Estos siete vicios son: Soberbia, ó, como otros hablan, Vanagloria, Avaricia, Lujuria, Envidia, Gula, Ira y Pereza. No se llaman capitales porque sean mortales; porque muchos pecados son mortales, y no son capitales, como la blasfemia y el homicidio; y muchos son capitales, que no son siempre mortales, como la Ira,



la Gula y la Pereza. Llámanse, pues, capitales, porque son cabezas de otros muchos que de ellos proceden, como ramos de la raíz, y arroyos de la fuente.

Soberbia es un pecado, por el cual el hombre piensa ser más de aquello que es, y por eso quiere estar en más estima que otros, y no quiere tener superior ni igual. Los pecados que produce son: el alabarse y gloriarse vanamente, el atreverse con otros, la discordia, la desobediencia, y otras cosas semejantes. El remedio es acudir con toda diligencia á la santa humildad, que es el conocimiento de ser nada por sí mismo, y que todo lo que tenemos es don de Dios, y pensar que los otros son mejores que nosotros; y por eso estimarse en menos que todos, y sujetarse á todos interiormente, y en lo exterior honrar á todos segun su grado. Aprovecha tambien mucho el considerar que la soberbia hace al hombre semejante al demonio, y que desagrada sumamente á Dios; y por esto está escrito, que Dios resiste á los soberbios, y se inclina á los humildes; á aquellos los confunde, y á éstos los ensalza.

La avaricia es un afecto desordenado de riquezas, y consiste en tres cosas. Lo primero, en desear la hacienda de otro, no contentándose con la suya. Lo segundo, en

querer más de lo que le basta, y no querer dar lo que le sobra á pobres. Lo tercero, en amar mucho la hacienda que tiene, aunque sea suya, y no sea sobrada; y esto se conoce cuando la persona no se halla preparada para perder su hacienda, en caso que esto sea necesario por la honra de Dios. Y por esto dice el Apóstol San Pablo, que la avaricia es como una idolatría; porque el avariento antepone la hacienda á Dios. Los pecados que nacen de la avaricia son muchos; como el hurto, la rapiña, el fraude en el vender y comprar, la crueldad para con los pobres, y otros semejantes. El remedio es ejercitarse en la virtud de la liberalidad, considerando que en esta vida somos pasajeros peregrinos, y que por eso es cosa útil no cargarse de hacienda, sino dividirla entre los compañeros del viaje, los cuales nos la lleven á la pátria, y así nosotros estando más desembarazados, hagamos nuestro camino.

Lujuria es un afecto desordenado de pecados y deleites carnales. Los pecados que de ella proceden son: ceguedad de entendimiento, temeridad, incontinencia; y demas de estos, adulterio, fornicacion, palabras deshonestas y cualquier otra inmundicia. El remedio es, ejercitarse en



ayunos, en oracion y huir las malas conversaciones, porque estos son los remedios para conservar la castidad; y sobre todo no fiarse de sí mismo, ni de su virtud y santidad, apartarse de los peligros y guardar los sentidos, considerando que siendo tan fuerte Sanson, Santo David y Sabio Salomon, fueron engañados de este vicio, y vinieron á grande ceguedad de entendimiento, especialmente Salomon, que vino á adorar todos los ídolos de sus mancebas.

Envidia es un pecado por el cual el hombre tiene disgusto del bien de otros, porque le parece que disminuye la grandeza propia. Y aquí debes considerar, que cuando te pesa del bien de otro, porque no es digno de tenerle ó porque no se sirve bien de él, esto no es pecado; y asimismo cuando te desagrada el no tener tambien el bien que otros tienen y especialmente la virtud, la devocion y bienes semejantes, esto no es pecado, ántes se llama santa y loable envidia; mas cuando te pesa que otro tenga algun bien porque te parece que te disminuye á ti y te quita gloria, y no quisieras que él lo tuviera porque no te fuese igual ó superior, este es pecado de envidia; y salen de él otros muchos pecados, como el juicio temerario, la alegría

del mal de otros, la murmuracion y detraction; porque el envidioso procura disminuir la buena fama del prójimo; y alguna vez viene á cometer homicidios, como lo hizo Cain, que por envidia mató á su hermano Abel, y los judíos por envidia procuraron la muerte de Cristo Nuestro Salvador. El remedio es, ejercitarse en caridad, y considerar que la envidia daña más al envidioso que al envidiado, porque el envidioso se aflige y carcome interiormente; y de ordinario Dios ensalza el envidiado por el camino que el envidioso le queria abatir. Y así vemos que el demonio por envidia hizo perder al hombre el Paraíso Terrenal, y Dios con aquella ocasion hizo que Cristo viniese al mundo y nos diese el Paraíso Celestial. Los hermanos del Patriarca José le vendieron por envidia, y Dios con aquella ocasion hizo que José viniese á ser señor de sus hermanos. Saul persiguió á David por envidia, y Dios hizo que Saul perdiese el reino y le dió á David.

La Gula es un apetito desordenado de comer y beber, el cual desórden consiste en tomar más sustento del que conviene, en buscar manjares preciosos, en querer los prohibidos, como la carne en los dias de abstinencia, y finalmente, comer con



demasiada ansia y glotoneria. Los males que nacen de la Gula son, oscuridad de la razon, alegría vana, hablar demasiado y muy de ordinario. Tambien sale de la Gula la Lujuria con todos los pecados que de ella proceden. El remedio es procurar la templanza y abstinencia, la cual ayuda al alma y al cuerpo; y en particular es muy útil y provechoso considerar que el gusto de la Gula es muy breve, y deja despues muchas veces dolores largos y prolijos.

La Ira es un deseo desordenado de venganza; pero débese advertir, que la ira moderada y bien ordenada es buena, y por eso dice el Salmo: Airaos y no querais pecar. Y San Basilio dice que la Ira es como el perro, que es bueno cuando ladra contra los enemigos; mas no, cuando hace mal tambien á los amigos. El desórden de la Ira consiste en tres cosas. Lo primero en querer tomar venganza de quien no merece castigo y que no nos ha ofendido. Lo segundo en querer vengarse con propia autoridad; porque el castigar y hacer venganza contra los malhechores no toca sino al Superior, como al príncipe ó á sus ministros; y porque Dios es el Supremo Señor, por eso se dice que toca á su Divina Majestad principalmente el hacer venganza.

za. Lo tercero en hacer la venganza por odio y no por celo de justicia, y exceder en el modo y en las otras circunstancias. Los pecados que nacen de la ira desordenada son, riñas, palabras injuriosas, malos tratamientos, actos no convenientes, como de hombre que está fuera de sí; porque la ira desordenada es semejante á la locura.

La pereza se llama acedia y es palabra griega, que quiere decir enfado, fastidio y negligencia; y entonces es pecado capital cuando á alguno le enfada y cansa el obrar bien, y recibe fastidio y disgusto de estar obligado á cumplir los Mandamientos de Dios y de caminar por la senda de la virtud. Los pecados que producen son: despreciar los Mandamientos, entregarse á los vicios, desesperacion de poder hacer algunas cosas del servicio divino, odio y rencor contra aquellos que le fuerzan á dejar el pecado y á tomar el buen camino. El remedio es, no estar jamas ocioso, leer buenos libros, considerar el premio grande que Dios Nuestro Señor promete al que es diligente en la observancia de los Mandamientos, y la pena eterna intolerable que tiene preparada á los negligentes.